

Guillermo Lozano

Las mujeres de Jesús



LAS MUJERES DE JESÚS

GUILLERMO LOZANO

LAS MUJERES DE JESÚS



Las mujeres de Jesús

© Guillermo Lozano, 2025

© BibliotecaOnline, 2025

www.bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)

Edición: abril 2025

Diseño de cubierta e interior: BibliotecaOnline.

ISBN (papel): 978-84-10289-13-0

ISBN (digital): 978-84-10289-14-7

Ficha bibliográfica: Lozano, Guillermo (2025): *Las mujeres de Jesús*. Madrid, BibliotecaOnline.

Imprime: Podiprint.

Impreso en España - Printed in Spain

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prefacio	11
I. Una mujer incomparable: María de Nazareth	17
II. La mujer adúltera: el perdón de Dios	23
III. La mujer de Sicar: el misterio del dolor	33
IV. Una mujer y dos monedas: la opulencia de la pobreza	41
V. La mujer sangrante: el abandono de la fe	49
VI. Una mujer del pueblo: la sabiduría de la sencillez	57
VII. Una mujer alegre: dignidad de la mujer	63
VIII. La mujer que ungió a Jesús: el amor y el derroche	67
IX. Una mujer resuelta: el amor y el paso del tiempo	73
X. La mujer de Naín: el error del Mesías	79
XI. Una mujer imaginaria: la intrepidez del amor	83

*A Paulita y Helena,
cuando sean grandes.*

Prefacio

No somos conscientes de que todo el amor con el que amamos tiene a Dios por origen. Si amo a alguien, el amor con el que le amo proviene de Dios y quienquiera me ame, me amará con el amor que Dios le dio para amarme. Sólo por eso sabemos de qué se trata el amor. El hombre no lo sabría si no hubiera recibido de Dios esa capacidad, imprescindible para vivir.

Si puedo amar es, literalmente, *gracias a Dios*. Es extraño que no refiramos esta expresión, antes que a cualquier otra cosa, al amor con el que amo y con el que soy amado porque, en definitiva, no hay ningún amor ajeno a Dios, ninguno distinto al amor que el hombre recibió de Dios para amar.

Sin embargo, el hombre puede no amar a Aquél que le dio el amor con el que ama, el único que sigue amando aun cuando no es amado. ¡Ah!, la libertad ... esa sombra. Cualquiera que haya experimentado un amor sin respuesta, entenderá a qué me refiero. El amor reclama un complemento, otro amor que lo integre. Preguntémosle, si no, a quien ama sin ser amado. Preguntémosle a Dios qué siente cuando no es amado y sigue amando. Nadie puede explicarlo mejor. La intensidad de su amor por el hombre es, de algún modo, incomprensible. Todas las referencias a un amor infinito son insuficientes, porque el grado de amor con el que Dios nos ama es de un vigor, de una fuerza, que a nadie más que a Él podemos atribuirle.

Nosotros no seríamos capaces de soportar el sufrimiento de un desaire tan injusto. Dios sí. Dios nos ama aunque no le prestemos atención.

A nosotros, cualquier contratiempo amoroso nos hace vacilar. Dios, en cambio, no vacila. A pesar del desprecio, sigue amando.

Nosotros guardamos memoria de un ultraje amoroso. Dios, en cambio, prefiere olvidar, y sigue amando.

Acaso, podamos intuir su deseo más intenso. ¡Que lo diga, si no, la mujer que ama y no es amada! ¡Que lo diga el hombre que sólo puede amar en silencio!

*No hay más amargo dolor,
que ver el alma morir,
prisionera de un amor
y no poderlo decir.*

Así canta un poeta la paradoja del amor anónimo. Todo amante silencioso sufre la contradicción de una quimera. Pero en Dios no hay contradicción. Anhela ser amado siempre, también cuando advierte que no es amado. Sabe que no podemos igualar la locura de su amor, pero ha regalado al hombre el amor con el que el ama, y espera que el hombre sepa amarlo con todo su corazón, con toda su alma, y con toda su mente (Mt 22-37).

Jesucristo reveló el enunciado del primer mandamiento de la Ley con la respuesta que ofreció a aquel fariseo buscapleitos que lo interrogaba. Y, antes de ser interrumpido por algún jactancioso, añadió *"El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (ibídem., 39). El amor no es una realidad más o menos cercana al hombre, es algo que está en su interior.

¡Qué tortuosa deformación la de representar a Dios como un verdugo! Cada tanto, me descubro pensando en un Dios así, que nada tiene que ver con el que trato a diario. ¿Cómo puede una persona ser

tan pusilánime? Por suerte, nunca me falta algún error grotesco para recuperar el buen sentido, ese error me despabila, me reconozco mezquino, y entonces, caigo en la cuenta de que a Dios no le importa el esfuerzo que aturde sino la esperanza que enamora. Mi corazón vuelve a aficionarse al amor. Y soy de nuevo feliz.

¿Es que somos malvados? Claro que no. Sucede que se nos traba el cerebro. Entonces ¿somos tontos? No es una pregunta confortable. Las excusas se agolpan como abejas. Es curioso que el hombre esté dispuesto a que lo tengan por malvado antes de admitir que lo juzguen por estúpido. Sólo una persona valiente tiene el coraje de reconocer su propia idiotez. Los que piensan que se trata de un estado permanente, una mancha indeleble, se equivocan. No somos tan estúpidos como para serlo siempre. Somos tontos de a ratos. Y en esos ratos de tontería se nos ocurren cosas tan absurdas como pensar que Dios es un tirano, un castigador, un aburrido, y convertimos sus mandamientos en unas reglas de conducta intolerables.

Hay que tener el cerebro muy embotado o el corazón muy sucio para atribuirle a Dios la estupidez propia. ¡Qué torpeza pensar en la torpeza de un Dios que, de tan torpe, pretendiera atraer al hombre con sanciones y castigos! Dios no es así. Dios no es un ser molesto o amargado que pierde la tranquilidad a la primer falta que descubre. Es apremiante corregir esa idea: aunque el hombre esté muy aturdido, en un escondite de su corazón descubrirá a Dios ensayando una súplica, no una protesta.

El que piensa que Dios es sofocante, no se da cuenta de que sus propias manos le oprimen el cuello. Es una distorsión tan absurda como deformar una muñeca arrancándole un ojo. Él es rico en amor (Éxodo 34-6), magnánimo, comprensivo, misericordioso. El

egoísta -que de amor sabe tan poco-, convierte a Dios en el autor de un legalismo escrupuloso. Es preciso darse cuenta de que no existen mandamientos vacíos. Todos los mandamientos deben al amor su origen y se orientan al amor como destino, porque el amor en Dios comienza y en Dios termina. De otro modo, no tendría sentido.

Mi experiencia -si sirve de algo-, va más o menos por ese lado: cuando no le encuentro sentido a alguna cosa de Dios busco refugiarme en aquello que sí lo tiene y es imposible no encontrar cobijo en el amor: el de Dios por mí -por el que Dios enloquece- y el mío por Dios -por el que yo debiera enloquecer-. El amor que tiene por mí es perdurable; el que tengo por Él, en cambio, tiene interrupciones, a veces muchas, pero ya lo sabe, lo supo siempre y tengo la impresión de que lo seguirá sabiendo. Quizás, sea el único amante que acepta recibir un amor con intervalos. Esto es un poco anormal: es muy difícil no interrumpir el amor que se da mientras se interrumpe el amor que se recibe.

Por eso el amor de Dios es muy superior al nuestro. Es poco común porfiar de ese modo, a veces la espera puede ser larga porque estamos replegados en nuestro yo, pero está a nuestro alcance cambiar esa actitud. Es bueno el retorno, siempre es bueno. Y es bueno saber que si queremos volver, alguien nos espera. La espera de Dios ¡es tan distinta a cualquier otra!

Su paciencia es infinita. Cualquiera comprende que no es justo abusar de la paciencia de nadie. En cambio, del amor a Dios podemos abusar todo cuanto quisiéremos -y ojalá queramos mucho- porque es inagotable: nunca deja de ofrecerlo y jamás se fatiga por darlo. ¿Quién puede dar un amor de ese género? ¿Quién puede colmar el corazón de esa manera?

Dios se brinda con tal vehemencia que desborda la capacidad que tiene el hombre para amar y al corazón le brotan alas para ascender a una dimensión hasta entonces ignorada, siempre ignorada, porque la novedad del amor nunca se repite idéntica.

I. Una mujer incomparable: María de Nazareth

"El sexto mes envió Dios al Ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la familia de David; la virgen se llamaba María. Entró el Ángel a donde estaba ella y le dijo: "¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oírlo, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué clase de saludo era aquél. El Ángel le dijo: "No temas, María, que gozas del favor de Dios. Mira, concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, para que reine sobre la casa de Jacob por siempre y su reino no tenga fin". María respondió al Ángel: "¿Cómo sucederá eso si no convivo con un hombre?". El Ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el consagrado que nazca llevará el título de Hijo de Dios. Mira, también tu pariente Isabel ha concebido en su vejez, y la que se consideraba estéril está ya de seis meses. Pues nada es imposible para Dios". Respondió María: "Yo soy la esclava del Señor: que se cumpla en mí tu palabra". El Ángel la dejó y se fue." (Lc 1,26-38)

Algo podemos adivinar de Dios sin equivocarnos, porque el amor auténtico –y ninguno es tanto como el de Dios– al paso de su aventura, siempre genera sorpresas. Ninguna podrá superar la que tuvo María, una joven nazarena, candorosa como todas las de una edad tan escasa como la suya, que pasó nueve meses

puntuales, exactos, acariciando un amor oculto en su vientre perfumado de aromas, una panza de embarazo que ofrecería al mundo la fragancia inédita de un Dios entre los hombres.

Nada de todo esto hubiera ocurrido si María no aceptaba la propuesta que el ángel le transmitió, pero aceptó. A partir de ese momento, Dios quedó bajo su poder y fue enteramente suyo. Su respuesta no fue provocada por el torbellino de un impulso ciego, sino por un acto libre, tan libre que a ese elegante portavoz de las alturas le reclamó la tarea de descifrar un misterio, porque las palabras del ángel no encajaban en el crucigrama de su voluntad. Y allí, delante de ella y aclarándolo todo, estaba aquel intruso encantador que le pedía permiso en voz alta para que el Espíritu Santo la cubriera con su sombra.

No está incluido en el Credo que los ángeles tengan alas, pero sería una descortesía que un príncipe con domicilio en el paraíso invada el espacio minúsculo de una casa reducida a un ambiente, como casi todas las de esa época, haciéndola más estrecha con un adorno innecesario. A un ángel, para ser reconocido, le basta aparecer repentinamente y desaparecer del mismo modo, revestido con ese aspecto humano que suelen elegir al presentarse, una forma de belleza que sólo puede advertirse en ellos. Y, por mucho que perteneciera a la aristocracia de los ángeles, Gabriel no pudo evitar que todo su ser temblara como una luciérnaga porque, al terminar su discurso, la redención del mundo estuvo en suspenso.

Pero –como siempre, como en todo–, María estuvo de acuerdo con el creador de todas las cosas y aquél a quien los cielos no pueden contener (1 Reyes 8-27) tomó cuerpo de varón de las entrañas de una mujer. En ese momento, el espectro de Zeus encabezó la

retirada de todos los dioses a la sombra del Olimpo: el verdadero Dios venía en camino y empezaba a formarse en la matriz de una doncella que ya comenzaba a impacientarse por saber cómo sería la carita de su hijo.

La gestación y el nacimiento de Jesús fue del todo extraordinario, sobrenatural, pero no es temerario suponer que, si Dios no eximió a su madre de presenciar su ejecución, fuera dispensada de las molestias propias de un embarazo. No se trata de averiguar si María tuvo esos sentimientos encontrados que suelen generar cambios emocionales en la gravidez –ya bastante desazón sufriría por no poder decorar nada en la gruta de Belén–, es suficiente con advertir la realidad de unos tobillos hinchados como ciruelas, el caminar oscilante, y esas manchas en la piel, compañeras inseparables del bebé en crecimiento.

José cuidaba de ella con todas las atenciones que reclamaba su condición, teniendo siempre a mano un puñado de aceitunas para combatir esas náuseas repentinas que no lograban atenuar ni una gota de color en el rostro enternecido de aquella adolescente. Dejemos que se sonrojen los que tienen vergüenza, pero no quitemos el rubor de esa carita encantadora, con la piel distendida en todos sus poros por las travesuras de la naturaleza. Ella sólo prestaba atención a ese brote floreciente que Dios le había enviado. Sin embargo, antes del arribo de esos aldabonazos juguetones del bebé, los calambres no rehusaban el papel de recordarle su estado despertándola antes del alba.

Y así, soportando el peso de ese cuenco maravilloso que aumentaba de tamaño, debió partir para atravesar el desierto en compañía de su esposo, porque el cielo había previsto susurrarle al Emperador la genial ocurrencia de empadronar a sus súbditos. De ese

modo, el niño nacería en Belén, como estaba escrito. Sólo José –un joven apuesto, sin ningún parecido con la figura decrepita de muchas pinturas– era de Judea; y, como las mujeres no tenían obligación de inscribirse en los libros del César, el recuento habría de arrojar sin remedio un número engañoso, confirmando la opinión de los que ven en la estadística una versión elegante y refinada del engaño.

Pero la fatiga de esa joven era real, el cuerpo repetía su protesta con intervalos más cortos, y la espalda echada hacia atrás le impedía ver adonde apoyaba sus pies. Sin embargo, estaba tranquila: los ojos de su esposo eran mejores que los de mil cóndores reunidos. Y luego de atravesar el desierto, llegaron a destino cuando el bebé ya había bajado a ocupar su lugar porque, mientras se encontraban en Belén buscando un refugio, *"le llegó el tiempo de ser madre"* (Lucas, 2, 1-6) y en la intimidad de un establo solitario dio a luz a su hijo, un niño hermoso y llorón al que acostó en un pesebre para que José lo viera sin demora.

No es posible medir el dulce regocijo que experimentó María con ese chiquito encantador que le miraba complacido, vuelta la cara contra su pecho, mientras dos manantiales mellizos le alimentaban, antes de ofrecer esa prueba de mala educación al que los niños tienen derecho, aunque se tratara del único lactante capaz de restablecer la armonía de todo el cosmos con el volumen de aire de una sola burbuja.

Pero quien se atreva a hablar de María no debe olvidar que su alborozo sería perturbado pocos días después por la aspereza de una premonición. Las palabras de un anciano respetable –llamado Simeón– en su visita al Templo para circuncidar al niño, le anunciaron con claridad un destino insoportable. Aquel hombre profetizó sin ser profeta con una crueldad que

aventajó a la de todos ellos juntos porque, en voz baja y con lágrimas, le informó sin escrúpulos: "*una espada atravesará tu corazón*" (Lucas 2, 33-35).

Este anuncio, hundido en la borrasca de todo lo que es impreciso, acompañó siempre a María. Algo se ocultaba a su mirada y, una vez más, puso en las manos de Dios todas las cicatrices del futuro, todas las sorpresas escondidas en los ojos de ese niño travieso que se babeaba con dátiles y se ensuciaba cuando le tocaba ensuciarse. Supo entonces que su vida no habría de ser fácil, aunque ningún sinsabor podría arrebatarle una felicidad sin semejanza.

Pasado el tiempo, le llegaban noticias de su hijo: sabía que su palabra detenía el viento y acallaba al mar, con una serenidad parecida a la que ella supo transmitirle cuando lo cobijaba en sus brazos durante esos momentos de fastidio que anuncian el primer diente. Era imposible relacionar a ese chiquito embelesado ante las mil nervaduras de una hoja con aquel hombre vestido dos veces de púrpura, que Pilatos exhibió en el pretorio para escarnio del público. No estaba al alcance de María descubrir ningún parentesco entre ese niño que agitaba en sus manos el cencerro de una oveja con aquel torturado, vecino de la muerte, que regaló al mundo más de tres litros de sangre, toda la que contiene el cuerpo humano.

En el extravío del dolor o en la ternura de una caricia, María entendió como nadie el amor de Dios y le amó siempre. Cualquier empeño es comprensible para dar con las palabras que ilustren su amor, pero es un esfuerzo inútil. La distancia entre ella y nosotros no puede reducirse, pero Dios -que todo lo puede- se permite la incongruencia de invitarnos a amar como ella le ama.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el primer capítulo de *Las mujeres de Jesús*, de Guillermo Lozano. El libro completo, en once capítulos, se detiene en una mujer y en una lección sobre el amor de Dios en cada uno de ellos, empezando por María de Nazareth.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/las-mujeres-de-jesus

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Una mujer incomparable.** María de Nazareth, a quien está dedicado el primer capítulo.
- **El perdón y el dolor.** La mujer adúltera y el perdón de Dios; la mujer de Sicar y el misterio del dolor.
- **La pobreza, la fe y la sencillez.** Una mujer y dos monedas, la opulencia de la pobreza; la mujer sangrante, el abandono de la fe; una mujer del pueblo, la sabiduría de la sencillez.
- **El amor en todas sus formas.** La dignidad de la mujer, el amor y el derroche, el amor y el paso del tiempo, el error del Mesías en Naín y la intrepidez del amor.

Con un prefacio que sitúa en Dios el origen de todo amor.

BibliotecaOnline

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10289-13-0



Escanea para comprar